

PRIMER CONGRESO SOBRE COMUNICACIÓN SOCIAL DE LA CIENCIA: CONCLUSIONES PROVISIONALES

Durante los días 25 a 27 de Marzo de 1999, se ha celebrado en Granada el *I Congreso sobre Comunicación Social de la Ciencia*, en el cual han participado científicos, intelectuales, divulgadores, periodistas, instituciones públicas, responsables de museos de ciencia y planetarios, etc., que han alcanzado en conjunto la cifra de 550 participantes, de más de 15 países. El Congreso ha sido impulsado por el Parque de las Ciencias de Granada, junto a la UNESCO, la Junta de Andalucía, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y la Universidad de Granada.

Las *Conclusiones provisionales* que se han extraído del citado Congreso son las siguientes:

"La celebración de este Congreso ha puesto de manifiesto una tendencia que no es nueva, pero que cobra ahora, en el umbral del siglo XXI, una nueva dimensión.

No debería ser mal interpretado que en el inicio de estas conclusiones coloquemos un conjunto de sensaciones. Pues, en efecto, tenemos la sensación de que los asistentes han trabajado con alegría, y que además se ha vivido el Congreso como un encuentro cultural que ha servido para que personas de diverso origen y formación hayan trabajado en armonía bajo la conjunción exclusiva de la inteligencia y la amistad. Esto no ha impedido la autocrítica, la discrepancia y el debate. Pero por encima de todo parece notorio que nos hemos sentido emocionados ante las manifestaciones del pensamiento racional. Muchos de los asistentes han puesto de manifiesto a lo largo del Congreso la importancia de no desligar las emociones y los afectos de la divulgación científica.

El Congreso ha confirmado además la oportunidad de la convocatoria. No es casual el número de participantes ni la calidad de la respuesta. Tampoco lo es la coincidencia con el Primer Congreso Mundial sobre la Ciencia que la UNESCO ha convocado este mismo año en Budapest.

Se tiene la impresión de que ha llegado el tiempo de la ciencia, es decir, el momento en que la ciencia se convierta en un acontecimiento social, en un hecho integrado en la conciencia de todos los ciudadanos. El diálogo entre los científicos y la comunidad en la que desarrollan su trabajo debe dejar de ser un hecho esporádico o arbitrario para convertirse en una actividad regularizada y rigurosa. La ciencia es uno de los muchos frutos de la curiosidad humana, uno más de los muchos intentos de representar el mundo en el que vivimos. La ciencia es parte de la gran aventura intelectual de los seres humanos.

Como producto del pensamiento humano, la ciencia es una parte medular de la cultura y es urgente llevar a la consideración de todos, pero especialmente de los intelectuales de formación humanista, que la ciencia no es un hecho ajeno a la vida y que, por tanto, sus respuestas también son de carácter cultural. Generalmente no se reconoce cómo las ideas científicas condicionan, a veces de modo oculto, las ideas sociales. Lo cierto es que para resolver muchos de los problemas de nuestro mundo se requiere más investigación científica, un nuevo talento y una articulación permanente con las demás formas racionales de aproximación a la realidad. Ni el miedo, ni el desdén, ni la reverencia son los sentimientos más convenientes para relacionarse con la ciencia. La curiosidad y la confianza parecen, en cambio, actitudes más fecundas.

Parte del interés social por la ciencia puede estar provocado por la magnitud y la velocidad de los cambios sociales, estimulados en gran parte por los descubrimientos científicos. La ciencia, es cierto, puede cambiar nuestro destino como seres humanos. La información, en consecuencia, es una ayuda indispensable para el debate ético.

En ese sentido, comienzan a vislumbrarse signos esperanzadores de quiebra del desencuentro tradicional entre la comunidad científica y la sociedad. Hay que desterrar la idea de que el debate científico concierne únicamente a los especialistas. Al mismo tiempo que la sociedad demanda más información, los científicos empiezan a dar muestras de interés por no trabajar aislados, aunque aún haya quien considere la divulgación científica como un detrimento intelectual. Ese mutuo y creciente deseo de comunicación puede estar afirmando los cimientos de una nueva ética científica.

No es arriesgado afirmar que está comenzando a fraguarse un nuevo compromiso social con la ciencia que afecta a todos: a los científicos, a los ciudadanos, a los gobiernos, a los educadores, a las instituciones públicas, a las empresas, a los medios de comunicación... El apoyo a la ciencia por parte de la sociedad deberá ir manifestándose en los próximos años, no sólo en una mayor provisión de fondos para la investigación, sino en la creación de nuevos instrumentos de participación social: comités de bioética, organización de encuentros y debates, canales específicos de información...

Hoy, sin embargo, es notorio el enorme desequilibrio entre el interés ciudadano hacia la ciencia y la escasa oferta informativa.

Comunicar a la sociedad lo que hacen los científicos ya no puede estar ligado a la voluntad personal, a la eficiencia de los gabinetes de prensa, a la mayor o menor simpatía del investigador, a la concepción más o menos social de su trabajo. Es un deber para unos y un derecho para los otros.

Lo que parece incontestable es que hay que pensar en el público, aprender a dirigirse a la sociedad no desde la suficiencia, sino desde la modestia, saber dar una información inteligente y al mismo tiempo inteligible. Aunque la claridad no puede ser nunca sinónimo de simplificación, sino de calidad comunicativa. Hay que advertir constantemente de los riesgos de la comunicación científica: la trivialidad, la búsqueda desesperada de titulares sorprendentes, el efectismo, la demagogia, la prisa, la confusión entre los ensayos y los resultados reales...

No es una cuestión nimia dirimir el carácter del lenguaje científico, o mejor, el del lenguaje con que se ha de comunicar la ciencia. Si bien se han incorporado al lenguaje corriente muchos términos científicos, no parece abolida la barrera que impide una comunicación eficaz y fluida. Es un reto para todos y ha de ser motivo de reflexión permanente. Los científicos deberían vencer sus resistencias a hacer comprensibles sus investigaciones. a hablarle a la sociedad de un modo diferente a como hablan a sus colegas; los periodistas, por su parte, deberían hacer un esfuerzo para mejorar su preparación y buscar una mayor especialización. Las empresas editoriales y de comunicación deberían ser sensibles a este desafío y tratar, en consecuencia, de ensanchar los espacios dedicados en sus medios a la ciencia.

Los nuevos espacios de divulgación científica, museos de ciencia y planetarios, están sirviendo como excepcionales instrumentos de transmisión del conocimiento, como primer contacto con el mundo de la ciencia.

Parece oportuno recomendar la elaboración, por parte del mejor grupo de expertos posible, de un Plan de Divulgación Científica que sea asumido y financiado por los gobiernos y las instituciones públicas y privadas.

Es urgente, pues, incrementar la cultura científica de la población. La información científica es una fecundísima semilla para el desarrollo social, económico y político de los pueblos. Como se ha repetido a lo largo del Congreso, el conocimiento debe ser considerado de enorme valor estratégico. La complicidad entre los científicos y el resto de los ciudadanos es una excepcional celebración de la democracia. Pero es que además esa nueva cultura contribuiría a frenar las supercherías disfrazadas de ciencia, aumentaría la capacidad crítica de los ciudadanos, derribaría miedos y supersticiones, haría a los seres humanos más libres y más audaces. Los enemigos a batir por la ciencia son los mismos que los de la filosofía, el arte o la literatura, esto es, la incultura, el oscurantismo, la barbarie, la miseria, la explotación humana".

Granada, 27 de Marzo de 1999